

## EN CASA DE LOS NIÑOS POBRES



Entrémosnos ahora por esas callejuelas que llevan a los últimos barrios del pueblo, en donde habitan las familias que giran en torno a un jornal.

Abrimos una puerta al azar. Es una cocina de fuego bajo, en donde la lumbre va extinguiéndose suavemente. Nos recuerda las artificiales hogueras de los nacimientos en torno a la cual danzan los pastorcillos...

La fiebre y la fantasía son dos factores necesarios para salirnos de la realidad. Nosotros procuramos no escribir nunca con fiebre, pero la fantasía la creemos precisa, porque es la única que puede velarnos un poco la crudeza de la realidad. Por eso en este fuego, símbolo de un hogar humilde, vemos tantas cosas.

Una corriente fría entra por la puerta que dejamos entreabierta. El fuego se aviva un poco invitándonos casi a sentarnos a su alrededor; pero no, nuestra misión es llegar hasta donde duermen los niños.

Están los dos juntos, en actitud de abrazarse; se quedaron dormidos cuando hablaban de los Reyes Magos en estos términos:

—¿Tú crees que hemos sido buenos para que nos traigan juguetes?—decía la pequeña un poco dudosa.

—Creo que sí, porque mira, hemos pedido perdón al Niño Jesús de todo lo malo que hemos hecho y él se lo habrá dicho a los Reyes.

—¿Habrán recibido nuestra carta?

—¡Pues claro! ¡Y como todo se lo explicábamos tan bien!...

—¿Y si no saben llegar hasta aquí con las calles tan oscuras?...

—¡Anda qué tonta! Dice madre que van con ellos nuestros ángeles de la Guarda:

*Angel de la Guarda,  
diles el camino,  
que sepan los Reyes  
en donde vivimos.*

El sueño les sorprendió en su infantil oración, y como no respeta ni los diálogos con los ángeles, echó sus polvitos mágicos sobre los ojos de los niños, cerrándolos suavemente.

Vamos a ver lo que hay en los zapatos: Un rústico muñequito, un tambor y unas cajitas con anguilas de mazaacán barato adornado con dulces de almidón. La madre está impaciente y hace ruido para que se despierten los niños. Las madres son así, quisieran vernos gozar de día y de noche.

Los pequeños se tiran de la cama y corren a la ventana descalzos. Cogen los juguetes; los miran; los admiran, y, con gritos de júbilo, van a mostrárselos a sus padres. Ellos, con una mirada, se lo dicen todo. Es una mirada rebotante de dicha, pero con un fondo de dolor. En las manos de sus hijos está toda una jornada de trabajos y sudores, pero los dan por bien empleados y se les hace poca cosa a cambio de un título de Reyes.

Así son los hogares españoles en este día, en esta fiesta tan llena de sabor religioso y de dicha familiar.

Todos gozan, porque todos aman, que no hay Reyes mejores que nuestros mismos padres, ni trono más hermoso que el corazón de un niño.

**M. I. Pedrero.**

**Dibujos de I. Martínez Sánchez.**